

DE LAS REVUELTAS POR HAMBRE A LA VIOLENCIA POR EL TRÁFICO DE DROGAS: LAS LECCIONES DE E. P. THOMPSON SOBRE CÓMO DESENTRAÑAR LO OBVIO

Anayra Santory¹

Resumen: En "La economía moral de la multitud" E. P. Thompson critica lo que denomina el clima intelectual esquizoide de la segunda mitad del siglo XX. Según Thompson, mientras la antropología social escudriñaba los matices culturales de grupos étnicos distantes, la historia económica europea despachaba eventos importantes del propio pasado –como las revueltas en Inglaterra durante el siglo XVIII– como espásticas rebeliones de la barriga producidas por la incomodidad del hambre. Este trabajo propone una crítica al discurso oficial sobre el narcotráfico recurriendo al modelo historiográfico propuesto por Thompson. Para esta puesta en escena haré referencia a los estudios etnográficos de P. Bourgois sobre los vendedores de drogas en las comunidades puertorriqueñas de la ciudad de Nueva York y Filadelfia.

Palavras-chave: Tráfico de drogas; Violência; Respeito; E. P. Thompson; P. Bourgois.

FROM HUNGER RIOTS TO THE VIOLENCE OF DRUG DEALING: E. P. THOMPSON'S LESSONS ON HOW TO UNRAVEL THE OBVIOUS

Abstract: In "The Moral Economy of the English Crowd in the XVIII Century" E. P. Thompson criticizes what he calls the schizoid intellectual milieu in the second part of the twentieth century. While social anthropology examined the cultural nuances of distant ethnic groups, European economic history explained important events of its past—like the riots in Great Britain during the 18th century—as spastic rebellions provoked by the discomfort of hunger. This article proposes a critique that relies on the historiographic model proposed by Thompson against the official discourse on drug traffic. As a mise en scene, I will make reference to P. Bourgois' ethnographic studies on small scale drug dealing in the Puerto Rican communities in New York City and Philadelphia.

Keywords: Drug traffic; Violence; Respect; E. P. Thompson; P. Bourgois.

¹ Ph D. (Indiana University, Bloomington) y Becaria Fulbright en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, San Salvador, es catedrática y directora del Departamento de Filosofía de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

I

E. P. Thompson nos advierte en *La economía moral de la multitud* contra la concepción errónea de que:

[...] no necesitamos más que unir un índice de desempleo y uno de altos precios de los alimentos para encontrarnos en condiciones de hacer un gráfico del curso de los disturbios sociales. Esto contiene una verdad obvia (la gente protesta cuando tiene hambre) [...]. La objeción es que este gráfico, si no se usa con discreción, puede dar por concluida la investigación en el punto exacto en que esta adquiere verdadero interés sociológico cultural: cuando está hambrienta [...], ¿qué es lo que hace la gente?, ¿cómo modifican su conducta la costumbre, la cultura, y la razón? Y, (habiendo convenido en que el estímulo primario de la miseria está presente), ¿contribuye la conducta de las gentes a una función más compleja, y culturalmente mediatizada, que –por mucho que se cueza en el horno del análisis estadístico– no puede retrotraerse del nuevo al estímulo?²

Contra el intento de explicar de manera escuetamente economicista fenómenos que son económicos, sociales o políticos, Thompson nos recuerda que la indefectible mediación entre cualquier impulso humano y sus manifestaciones es la cultura. Esta aseveración me parece hoy francamente incuestionable. La referencia a un impulso humano, espástico o no, al margen de cómo ha sido potenciado, elaborado y cernido por múltiples mediaciones que tienen su propia historia –y que por ello comienzan siendo 'involuntarias' para cualquier sujeto– es tan inútil como hacer referencia a la 'cosa en sí' de Kant como parte de una explicación científica acerca del mundo natural.

Ahora bien, no solo la cultura de los sujetos históricos es necesaria para comprender cabalmente su comportamiento colectivo, sino que resulta igualmente relevante la cultura de quienes a la distancia intentan comprender algún evento histórico o actual. E. P. Thompson denunciaba la preeminencia de la mirada económica sobre la que podía ofrecer, por ejemplo, la antropología social, y en particular, la sobreposición de una abstracción teórica –el *homo economicus* – a sujetos históricos infinitamente más complejos. Para el historiador económico con el que polemiza Thompson ni la

² E. P. Thompson. "La economía moral de la multitud." *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica, 1995. p. 215

cultura del sujeto pasado ni la suya son motivos de análisis, siquiera de cierta suspicacia sobre el efecto que puedan tener en las conclusiones a las que llega. Los marcos teóricos que encuadran un problema para su análisis, las variables que se resaltan y los contextos que se consideran relevantes para entender un evento o un problema, no solo desplazan y oscurecen otras explicaciones posibles –como por ejemplo, las que podrían haber sido dadas por los sujetos involucrados en aquello que intentamos comprender– sino que también contribuyen a hegemonizar un campo discursivo, achantando nuestra comprensión y condicionándonos a favorecer o al menos a esperar cierto tipo de respuestas: por ejemplo, las economicistas.

Aunque a un nivel teórico pocos puedan disentir de estas observaciones preliminares y de los cuidados metodológicos que de ellas se siguen, sigue siendo sorprendente lo pertinaz de la advertencia que nos lanzara el célebre historiador inglés en las últimas décadas del siglo pasado. Encontramos, por ejemplo, que las explicaciones hegemónicas a algunos de los problemas sociales más serios y generalizados, como por ejemplo, el de la violencia, privilegian como causa y no solo como trasfondo, una serie de datos económicos, estén estos expresados o no en la forma de gráficas a las que aludía Thompson. A pesar que la mayor parte de quienes elaboran estas 'explicaciones' reconocen que hay otras variables –llámese 'cultura', 'historia' o, más recientemente, 'capital social y cultural'– que deben ser tomadas en cuenta, muy pocos saben cómo incorporarlas a sus explicaciones o cómo interpretar las acciones concretas que quieren explicar haciendo referencia a esos otros marcos de análisis que de pronto parecerían ambiguamente relevantes.

Me interesa enfatizar otro aspecto de la concepción de Thompson sobre el lugar que merece la cultura allende a su importancia como interfaz explicativa para muchos de los problemas que nos agobian sin que le encontremos solución. Las múltiples mediaciones que dan forma a cualquier impulso humano antes de que este se vuelva acción constituyen un principio de inteligibilidad para aquellos que las comparten o para aquellos que han

aprendido a descifrarlas en otros. Acertar en la interpretación del comportamiento y las motivaciones ajenas es una de las maneras de constatar que si no compartimos, al menos entendemos, la configuración cultural de aquel que nos plantea un problema.³

Thompson estaba muy consciente de que la cultura es una referencia insoslayable para entender nuestras acciones presentes o históricas por su rol como gran matriz subjetivadora. La referencia que hace Thompson a la cultura cual costumbre no solo hace inteligibles aspectos muy singulares de las revueltas campesinas en la Inglaterra del XVIII, sino que trasluce la impronta cultural que (trans)formaba el deseo del campesino ante el hambre que sentía o temía. Por ejemplo, era cuestión de costumbre la predilección generalizada por el pan blanco sobre el pan negro, combinando en ello el gusto por cierto molido de la harina con la previsión de un color que servía de indicador de la pureza del producto que se consumía. Era cuestión también de costumbre el que el motín ante el aumento en los precios del pan o la harina se resolviese imponiendo un precio de venta que se considerase justo de acuerdo a normas pretéritas y no mediante el saqueo a los comerciantes y agiotistas que provocaban la escasez. Para Thompson, la costumbre explica porque forma. Es el lugar donde se forjan tanto los deseos como las posibles reacciones ante su frustración.

Con otro lenguaje más apegado a una lógica materialista, E. P. Thompson reconoce la importancia creciente de esta función cultural que en nuestros tiempos amenaza con hacernos parecer como incuestionable el "lanzar todos los recursos del globo al mercado" para satisfacer demandas de consumo cada vez más onerosas. Nos dice:

Si necesitamos una excusa utilitaria para nuestra investigación histórica de la costumbre –pero pienso que no la necesitamos– podríamos encontrarla en el hecho de que esta transformación, esta remodelación de la necesidad y esta elevación del umbral de expectativas materiales (junto con la devaluación de las satisfacciones culturales tradicionales),

³ Esta definición de cultura como 'configuración cultural' la tomo del antropólogo argentino Alejandro Grimson según elaborada en el Capítulo 5 de Los límites de la cultura, Buenos Aires: Siglo XXI, 2010, p. 171-194.

continúa con presión irreversible hoy, acelerada en todas partes por medios de comunicación que están al alcance de todo el mundo.

Y añade,

Del mismo modo que el capitalismo (o "el mercado") rehizo la naturaleza y la necesidad humanas, también la economía política y su antagonista revolucionario llegaron a suponer que este hombre económico era para siempre. Nos encontramos a finales de siglo, en un momento en que esto debe ponerse en duda.⁴

Me parece que la invitación de Thompson no es solo a cuestionar las rústicas interpretaciones 'espásticas' acerca del comportamiento de la muchedumbre cuando esta se rebela ante la frustración de deseos que también tienen historia y orígenes. Thompson persigue en su célebre ensayo "La economía moral de la multitud" equiparar la riqueza de la explicación histórica con la que ofrece el buen antropólogo que regresa de visitar las Islas Trobriand, Nueva Guinea; pero también intenta invitarnos a examinar cómo, dónde y con cuáles fines perviven explicaciones economicistas y reduccionista de lo humano, comunes tanto a los zares del mercado como a sus contrapartes revolucionarios y cuyo "lado débil [es] que comparten [...] una imagen abreviada del hombre [...]"⁵

En las páginas que siguen tomo en cuenta las observaciones e invitaciones metodológicas de Thompson y examino a su luz algunos ejemplos de las explicaciones hegemónicas acerca de las causas del narcotráfico y su concomitante violencia criminal en las comunidades puertorriqueñas fuera y dentro de Puerto Rico. Tomo este campo discursivo como uno de los tantos en los que perviven, sin cuestionarse, una visión de lo humano en la que hasta el delincuente se representa con la imagen abreviada del hombre económico propuesto por la economía moderna y contra la que nos advierte el trabajo histórico y la propuesta teórica de E.P. Thompson.

Permítanme ofrecer un poco de contexto que sirva para explicar la relevancia que tiene en el discurso público y en el ámbito académico puertorriqueño las explicaciones que circulan sobre el tráfico de drogas y su

⁴ E. P. Thompson. "Costumbre y cultura" en *Costumbres*. op. cit., p. 27-8

⁵ E. P. Thompson. "La economía moral de la multitud" en *Costumbres*, ídem, p. 215.

secuela más dura: el aumento constante en el número de asesinatos. Nos dice un estudio que se rindió ante el gobierno hace algunos años que

[e]l análisis específico de las estadísticas policíacas sobre asesinatos en la isla reflejó que para la década de 1960-70 se cometieron un promedio de 203 asesinatos al año. Para la década de 1980-90, el promedio asesinatos por año fue de 530 y para los años de 1990-97, el promedio anual de asesinato fueron 836. [...] El aumento en el promedio anual de asesinatos entre los años de 1990-97 y la década de 1960-70 fue de 311.8% (Vales: 1982, 1999).⁶

Para el 2010, Puerto Rico ocupaba ya el lugar número 19 entre los países con mayores tasas de homicidio. Ese año fueron asesinadas 983 personas: unos 26.2 por cada 100,000 habitantes, según los datos ofrecidos por la policía de Puerto Rico a UNODC (United Nations Office for Drugs and Crime).⁷ El próximo año, el 2011, el número de asesinatos aumentó a 1,136, elevando la tasa de homicidios a 30.2.⁸ Esto implicó un asesinato más al día que los registrados en el año anterior.

Para permitir algún grado de comparación con el contexto latinoamericano, quizás baste decir que la tasa de homicidios en Puerto Rico para el 2011 era 5.49 veces mayor que la que reportó Argentina en el mismo informe de UNODC, usando, sin embargo, datos del 2009. Frente a este escenario, no hay en Puerto Rico ninguna explicación sobre el alza en el número de asesinatos que no vincule estos al tráfico de drogas. Las fuentes primarias para tal aseveración son las investigaciones que realiza la Policía de Puerto Rico. El 17 de noviembre del 2011, por ejemplo, la policía reportaba que el 49.2% de los asesinatos cometidos a la fecha (997) estaban asociados al trasiego de drogas; a 14.5% se les adjudicaba el móvil de la venganza; el 12.2% ocurrieron en medio de una pelea o discusión; 6.7% durante un robo y

⁶ Pedro Vales, Zoraida Santiago et al. Análisis de la delincuencia entre menores de edad en Puerto Rico. San Juan: Oficina de Asuntos de la Juventud, 2002, p. 13

⁷ Lisa Evans. "Mapping murder throughout the world", The Guardian. Lunes 10 de octubre 2011. <http://m.guardian.co.uk/news/datablog/2011/oct/10/world-murder-rate-unodc>, consultado el 23 de marzo de 2013.

⁸ Agencia EFE. "Puerto Rico despide el año más sangriento de su historia", Noticias 24. 31 de diciembre 2011. <http://www.noticias24.com/internacionales/noticia/22405/puerto-rico-despide-el-ano-mas-violento-de-su-historia-reciente/>, consultado el 23 de marzo de 2013.

2.7% fueron clasificados como violencia doméstica.⁹ A esa fecha la policía no ofrecía información sobre los móviles o circunstancias de 14.7% de los asesinatos. Hasta el momento tenemos una clasificación policial sobre las circunstancias en las que mueren la mitad de los asesinados en determinado año en Puerto Rico. Cuando preguntamos porque la gente, en particular los más jóvenes, se ven involucrados en tales 'circunstancias' a todas luces tan peligrosas, la mayor parte de las explicaciones académicas apuntan a una serie de consideraciones de índole económica. Consideremos esta gráfica, en el sentido de EP Thompson, publicada en el periódico universitario Diálogo. Ilustra lo que dos distinguidos economistas nacionales, José Alameda y Alfredo



González, llaman "el modelo decisional económico del crimen".¹⁰

En el modelo de Alameda y González el capital social (ver recuadro superior), que agrupa factores normativos como valores, normas e instituciones, ejerce su influencia sobre los individuos paralelamente a lo que ellos identifican como los factores económicos motivadores (ver primer recuadro): desempleo, ingreso, deuda personal, consumo, pobreza y

⁹ Agencia EFE. "El 49.2% de los crímenes en Puerto Rico se relaciona con la droga", Univisión Hartford. 17 de noviembre de 2013. <http://www.wumtv.com/2011/11/17/el-492-de-los-crímenes-se-relaciona-con-la-droga/>, consultado el 23 de marzo de 2013.

¹⁰ Erica Sánchez y Camila Espina. "Crisis económica y criminalidad: un explosivo binomio", Diálogo Digital. Martes 21 de junio de 2011. <http://m.dialogodigital.com/index.php/Crisis-economica-y-criminalidad-un-explosivo-binomio.html>, consultado el 23 de marzo del 2013.

adiciones. Frente a esos dos horizontes, en el que lo normativo se representa empequeñecido frente a lo económico y de modo más abstracto, un individuo hipotético se plantea, cual Hamlet lumpenizado, la pregunta: "¿delinquir o no delinquir?" Luego de tomada la decisión, Alameda y González nos sugieren otro nivel de análisis económico que les sirve de cotejo: el análisis de costos y beneficios. En el esquema bajo consideración la utopía moderna que plantea la existencia de un humano cuya racionalidad social es distintivamente económica, ahora se matiza con un lado blando que le lleva a considerar, por ejemplo, que opinaría su mamá o su abuelita sobre la decisión económicamente motivada que va a tomar. Parecería como si el hombre de Adam Smith hubiese reencarnado en la mente de un criminal común. Es irónico que un momento en el que el capital mundial no parece dispuesto a admitir ni crímenes ni consecuencias hayamos imaginado a los criminales como sujetos que ponderan las consecuencias de sus actos como si fueran ejecutivos de empresa.

Una sencilla crítica empírica que podríamos hacer a este modelo decisional propuesto por Alameda y González apunta al perfil que tienen los delincuentes cuando se insertan en este tipo de actividad. Si nos remitimos a las historias de vida de los que son convictos, muchos de ellos comenzaron a delinquir siendo adolescentes, a veces incluso niños. Algo sabemos sobre las características de los menores que se presentan como acusados a una sala de tribunal. Según los datos del Departamento de Justicia de Puerto Rico y de la Administración de Tribunales, se trata de un varón (85.6 por ciento) de 15.6 años de edad que asiste al escuela (67.2 por ciento), que depende en gran medida de las asistencias económicas públicas que recibe su núcleo familiar (50%) y que no tiene un empleo legal (90%). Si nos fijamos en las características de aquellos que son hallados culpables y que quedan bajo la custodia de la Administración de Instituciones Juveniles, habría que añadir que nueve de cada diez menores tenían fracasos académicos en sus récords escolares y que igual proporción, nueve de cada diez (92.1%), han sido

desertores escolares.¹¹ Es difícil ver como el modelo decisional económico del crimen sirve para esclarecer las decisiones y el comportamiento de alguien con este perfil.

Veamos ahora otra explicación de la actividad criminal en Puerto Rico que toma en cuenta factores económicos junto a otras consideraciones culturales. Dicen Kliksberg y Rivera:

El cuadro social de Puerto Rico responde a estas características: pobreza y exclusión social, en una sociedad altamente polarizada. [...] [L]as pautas de consumo de los sectores de los estratos altos y medios se convierten en la referencia a través de los medios masivos y de otras vías, y contrastan duramente con las de los sectores pobres, lo que genera elevadas tensiones sociales. En el caso de Puerto Rico esto es sumamente agudo por cuanto desde muy temprano la isla estuvo expuesta a una penetración muy grande de bienes de consumo. De hecho, los puertorriqueños tienen patrones de consumo mayores a los del grueso de los países desarrollados y tasas negativas de ahorro personal [...]. Es lógico que los pobres aspiren a tener bienes materiales y cuando la desigualdad es tan grande, los principios éticos y morales ceden a favor del consumismo.

Esta situación crea un ambiente propicio para que las mafias de la droga recluten jóvenes desesperados por encontrar alguna fuente de ingresos para satisfacer sus deseos de consumo de ropa y zapatos a la moda, de automóviles, de equipos de sonido, entre otros. Se estima que hay en la isla 1.500 puntos de droga y sus ventas oscilan entre 813 y 1.500 millones de dólares anuales. Un joven desempleado, sin completar su educación secundaria, puede comenzar a trabajar en el punto de drogas con un salario por hora de US \$50, lo que a la semana le representarían US \$2 mil y al año sobre US \$100 mil libres de impuestos (Alameda, 2003). Si trabajara en alguno de los empleos legales que podrían estar a su alcance, ganaría un salario

¹¹ Pedro Vales et al. Análisis de la delincuencia. op. cit., p. 64 y 66.

mínimo de US \$5,15 la hora, o unos US \$10 mil al año. Los jóvenes cada vez más se toman el riesgo.¹²

Me llama aquí la atención la siguiente aseveración: "es lógico que los pobres aspiren a tener bienes materiales y cuando la desigualdad es tan grande, los principios éticos y morales ceden a favor del consumismo." Me pregunto, ¿porqué es lógico para los que optan por una actividad criminal y no es lógico para la mayor parte de la población que tampoco gana \$100,000 al año, ni antes ni después de los impuestos? ¿Por qué hemos dado por sentado la preeminencia de la lógica economicista al punto que nos parece una mera deducción el "que los principios éticos y morales ceden a favor del consumismo"? ¿Invariablemente? Siguiendo la propuesta de E.P. Thompson me parece que las preguntas importantes que quedan sin plantear y mucho menos contestar son: ¿cuándo ceden los principios éticos y morales?, ¿cuáles ceden y cuáles no?, ¿qué hay de particular en el modo en el que ceden y cómo explicamos estas particularidades? No hay que olvidar que nos encontramos en la situación de tratar de explicar las 'decisiones' y el comportamiento de un grupo con el que compartimos variados elementos de la misma articulación cultural. Si no fuera así no podríamos entender qué hay de seductor en el consumismo. Lo que habría que explicar es la fragilidad moral que le atribuimos a otros (y de la que nos distanciamos) que a su vez comparten muchas precariedades con muchos otros sectores de la misma sociedad. Hay que recordar también que aquellos que se dedican a la actividad criminal, por más que nos espanten algunas de sus fechorías, conservan una vida social que requiere de sentidos morales y que probablemente les suponga el esfuerzo de racionalizar o de dissociarse de los actos que reprobamos. Esto les permite, a todos los que no satisfagan el raro perfil del sociópata, el mantener una vida afectiva y algún grado de pertenencia entre nosotros. Esta última observación es teórica y no es de E. P. Thompson. Es de Platón, quien hace veinticinco

¹² Bernardo Kliksberg y Marcia Rivera. El capital social movilizado contra la pobreza: la experiencia del proyecto de Comunidades Especiales en Puerto Rico. Buenos Aires: CLACSO, 2007, p. 37-8.

siglos argumentó que hasta los bandidos tienen que mantener una ética para realizar su trabajo, sino no podrían conspirar exitosamente.

La cita de Kliksberg y Rivera refleja una de esas instancias en las que, en las palabras de Thompson, se da por "concluida la investigación en el punto exacto en que esta adquiere verdadero interés sociológico cultural". Thompson nos invitaría a plantearnos las siguientes preguntas: ¿cuándo la gente está desempleada [...], qué es lo que hace? ¿cómo modifica la costumbre, la cultura y la razón la conducta de los desempleados y los desanimados?

II

"Honor was the dramatic script in the performance of the violent masculine".
Rituals of violence in 19th and 20th century Puerto Rico.
A. Cubano.¹³

Preguntas como éstas guiaron el estudio etnográfico que realizó Phillipe Bourgois en las comunidades predominantemente puertorriqueñas de East Harlem, New York durante la década de los noventa. Bourgois se mudó a El Barrio, como se le conoce a esta parte de la ciudad en donde se asentaron gran número de puertorriqueños desde las primeras décadas del siglo XX, mientras realizaba su investigación doctoral. Para entonces se había consolidado ya un proceso de transformación económica en muchas de las zonas metropolitanas de Estados Unidos. Este proceso, caracterizado, entre otros factores, por la desindustrialización de la economía estadounidense fue acelerado por las oportunidades económicas que iba abriendo el fenómeno político conocido como globalización.

El proceso de desindustrialización tomó más de cuatro décadas en completarse y sumió en la pobreza o arrestó la movilidad social a buena parte de quienes perdieron los trabajos industriales que el capital movió al sur o al este de la frontera estadounidense. Según Bourgois, solo en la ciudad de Nueva York el proceso de reconversión económica de la industria a los servicios

¹³ Astrid Cubano. *Rituals of Violence in Nineteenth-century Puerto Rico: Individual Conflict, Gender and the Law*. Gainesville: University of Florida, 2006, p. 27.

implicó la pérdida de 800,000 empleos. Aunque los empleos que fueron surgiendo, en particular en las finanzas, los seguros y los bienes raíces duplicaron la oferta previa,¹⁴ muchos de los que habían estado empleados o hubiesen sido empleables por el sector industrial muy pronto descubrieron que carecían de las destrezas necesarias para conseguir o mantener un empleo en las nuevas compañías de servicios. Como los barrios antiguos, los empleos se gentrificaron y los que antes los ocupaban quedaron al descampado.

Los jóvenes puertorriqueños con los que Bourgois convivió intermitentemente por varios años son los hijos y sobrinos de las generaciones de puertorriqueños que ocuparon alguna vez los puestos de trabajo desaparecidos. Dice Bourgois:

Un escenario común surgió de las decenas de relatos que grabé: con el permiso de su madre, cada uno de estos jóvenes abandonó la escuela secundaria o incluso la escuela media para solicitar trabajo en fábricas locales. En un plazo de unos años a partir de su contratación, las plantas en las que trabajaban fueron clausuradas, a medida que los empresarios comenzaban a marcharse en busca de mano de obra más barata. Entonces empezaron a migrar de un trabajo mal pagado a otro, carentes del educación y las aptitudes que le habían permitido escapar del enclave industrial que atrapó por completo a su círculo de amigos y parientes.¹⁵

Cuando estos jóvenes desertores escolares trataron de encontrar empleo en el sector de los servicios descubrieron que carecían de requisitos implícitos que no suelen anunciarse en una convocatoria: no habían sido socializados de acuerdo a las pautas de conducta que son comunes a la clase media blanca metropolitana en los Estados Unidos. Para Bourgois,

El choque cultural que ocurre en el sector de los servicios entre el poder "yuppie" y la "babilla" de quienes se crían en la inner city es mucho más que un encuentro superficial de estilos disímiles. Un obrero incapaz de obedecer los protocolos de comportamiento de la cultura de oficina jamás conseguirá

¹⁴ Philippe Bourgois. En busca de respeto: la venta de crack en Harlem. Río Piedras: Ediciones Huracán, 2010, p.134-35.

¹⁵ Phillippe Bourgois. En busca de respeto. op. cit., p.153

triunfar en este sector económico. Los desertores escolares rápidamente se percatan de ello y se dan cuenta de que en los ojos de sus superiores parecen bufones ineptos.¹⁶

Cuando tratan de encontrar alternativas por la vía de la micro-empresa legal, añade Bourgois, su cultura de origen los coloca en desventaja de maneras que trascienden el racismo de sus empleadores o potenciales clientes. Refiriéndose a Primo, uno de los jóvenes entrevistados, Bourgois nos dice que "[n]o todos los fracasos empresariales de Primo fueron impuestos por clientes desconfiados o racistas." Añade:

Parte de su incapacidad para administrar un negocio legal y lucrativo surgía de sus propias definiciones jibaradas del decoro y de la obligación recíproca hacia amigos y parientes. Por ejemplo, cuando mi madre le pidió que revisara un equipo de sonido descompuesto, Primo misteriosamente faltó a varias citas en su apartamento. Yo le insistí que fuera y por fin una noche me acompañó a su casa. Semanas después me admitió que le había parecido inapropiado visitar sin compañía el hogar de una mujer desconocida. A lo último, reparó el equipo y lo dejó en perfectas condiciones, pero no sabía cuánto cobrar porque la cliente era mi madre, quien además nos preparó la cena mientras el arreglaba el aparato.¹⁷

Veza tras veza, Bourgois constata los intentos infructuosos que hacen Primo, César y su jefe, Ray para conseguir empleo en la economía legal. A pesar de las habilidades empresariales y gerenciales que demuestran en la administración del expendio de drogas en su vecindario, ninguna parece serle útil en la economía formal de la que parece haber sido excluidos para siempre. Su capital cultural resulta igualmente insuficiente para sortear el complicado algoritmo burocrático que implica obtener los permisos de operación de cualquier negocio. Tampoco cuentan con estrategias que les permitan vencer o al menos atenuar el prejuicio de los posibles patronos y sus clientes.

Bourgois llegó a la conclusión de que individuos como Primo y César no tienen ante sí una decisión sobre su actividad económica que se explique a través del hipotético ejercicio de sopesar los elementos normativos junto a los

¹⁶ Ídem, p.158

¹⁷ Ibídem, pág.152.

factores motivacionales económicos. El horizonte económico está dado. Serán pobres. La decisión que el trabajo de Bourgois nos permite entender es cómo escogen el modo en el que asumirán ese destino de exclusión y marginalidad. Según Bourgois, ya que la pobreza es indefectible los muchachos tiradores de El Barrio escogen el empleo que a sus ojos les permite obtener otro bien intangible e igualmente inaccesible: respeto.

Así titula Bourgois su libro, *En busca de respeto: la venta de crack en Harlem*. Ante la pregunta thompsoniana de qué hace un trabajador puertorriqueño cuando por razones macroeconómicas pierde el empleo que ha ocupado él y las generaciones que le precedieron, Bourgois contesta que tratará de conseguir otro que le provea, además de ingresos, un bien intangible que perdió ante sí mismo y ante su comunidad al quedar desempleado y excluido. Respeto.

Obtener respeto, según lo describe Bourgois, es gozar de una especie de reconocimiento tácito por quien uno es. Es también poder ejercer un cierto grado de autoridad en su comunidad. Los ejemplos que da la madre de Primo basados en las memorias de su infancia en Puerto Rico, apuntan al reconocimiento que se les daba a los individuos en función de su edad, género o relación de parentesco. "Cuando una iba caminando y se cruzaba con alguien mayor había que pedirle bendición. Eso era respeto."¹⁸ Las comunidades puertorriqueñas en las nuevas metrópolis, fueran estas Nueva York o San Juan, tuvieron que adaptarse a otras formas de obtener respeto al perder (¿para siempre?) las jerarquías y las pequeñas escalas de convivencia que organizaban la distribución de este bien moral. Tenían, sin embargo, según Bourgois, formas culturales residuales a las que recurrir. Como los campesinos ingleses del siglo XVIII podían oponerse a la desregulación del mercado del pan y la harina reestableciendo la costumbre establecida por el Assize of Bread del siglo XIII, los tiradores de El Barrio podían recurrir a la normatividad implícita en la emblemática figura del jíbaro: el campesino puertorriqueño de subsistencia, ajeno al Estado del que desconfía y socializado

¹⁸ *Ibidem*, p. 295.

para resolver cuestiones de honor a machetazos. Las vidas de Primo y César representan para Bourgois una reinterpretación urbana y callejera de los jíbaros que quizás no llegaron a conocer. Dice Bourgois:

En el contexto específico de la diáspora puertorriqueña, la resistencia al dominio de la sociedad convencional y el orgullo por la identidad callejera suponen una reinención de la figura del jíbaro, que desafiaba y rechazaba el desdén de la alta sociedad en las épocas coloniales española y estadounidense. La reconstrucción del jíbaro en una versión hiperurbana al estilo del hip hop representa el triunfo de una nueva forma de afirmación cultural puertorriqueña entre los miembros marginados de la diáspora. Lo trágico es que la base material de esta búsqueda afanosa del respeto cultural se restrinja a la economía callejera.¹⁹

Más trágico aún es el hecho de lo que los hace aptos para sobrevivir en la economía callejera, como la denomina Bourgois, es su capacidad de expresar como violencia contra otros lo que es producto de un trauma colectivo que tiene como una, pero no la única de sus causas, el recrudecimiento de los sucesivos desplazamientos económicos.

Para todos los fines prácticos y según la perspectiva de las generaciones más recientes, los empleos parecen haberse ido para siempre. Hace ya varias décadas que Puerto Rico comenzó a parecerse más a los enclaves metropolitanos estadounidenses a donde llegaron las primeras oleadas de inmigrantes puertorriqueños, que al lugar preservado en la memoria de esa diáspora. San Juan se comenzó a parecer a El Barrio y no al revés, como hubieran querido los emigrantes a los que hace referencia la famosa canción En mi viejo San Juan. Entre los años cincuenta y noventa del pasado siglo, el país fue testigo del montaje y desmontaje de las atuneras en el oeste, de las refinerías de petróleo en el sur, de las filiales de las compañías farmacéuticas transnacionales en el norte, del boom y la decadencia de muchos centros comerciales en toda la isla. A través de ese proceso, Puerto Rico no solo ha construido y destruido su paisaje sino también su fuerza laboral en un proceso de desindustrialización que se asemeja al de las zonas metropolitanas

¹⁹ *Ibidem.* p. 324.

industriales de los EEUU y que tiene, como era de esperar, sus propios atenuantes y agravantes.

La desindustrialización de Puerto Rico y de algunas de las zonas metropolitanas en EEUU donde están asentadas las comunidades puertorriqueñas es solo parte del panorama donde surge la proliferación del narcotráfico y el aumento de la violencia. No puede explicar por sí sola el horizonte que enfrentan los jóvenes puertorriqueños marginalizados, ni la interpretación que hacen de este, ni su destrezas para el negocio en el que encuentran algún empleo, ni su efectividad en el manejo de la violencia que este empleo requiere. En un pasaje que pudo haber sido escrito por el psiquiatra y teórico del colonialismo Franz Fanon, Bourgois asevera que:

[q]uien aspire a subir de rango en la economía clandestina suele hallar necesario acudir sistemática y eficazmente a la violencia contra los colegas, los vecinos e incluso contra sí mismo para evitar los timos que podrían tramar los socios, los clientes y los asaltantes profesionales. Comportamientos que para un extraño parecerían irracionales, "salvajes" y a la larga autodestructivos se interpretan como una estrategia de relaciones públicas y una inversión a largo plazo en el "desarrollo del capital humano" en la lógica de la economía clandestina.²⁰

Para no tener que matar hay que demostrar públicamente que uno está dispuesto a hacerlo, sabiendo que la disponibilidad exhibida del otro puede acabar con la propia vida. Mientras le llega a cada cual su turno, quizás nadie les pida la bendición en la calle, pero Primo y César pueden pasearse por el barrio intentando disfrutar un sucedáneo de eso que era antes respeto.

Artigo Recebido em 17.05.2013

Artigo Aprovado em 15.08.2013

²⁰ *Ibidem.* pág. 53.